

THE NEW SPAIN

(Cuento extranjero)

Por JUAN MOLLA

AVANZABAN los tres medio en silencio. Les gustaba caminar así, un paso ni lento ni precipitado. El silencio les unía más, si puede argumentarse la unión de los que se saben colectivamente solos.

Por la calle, que miraba a poniente, de altos edificios, ya antiguos —aquellos pajizos, turbios, de la reforma de 1976— no se movía apenas nadie. Estaban ya en las afueras, por esa parte de Marid que dejó, hace tiempo, de crecer. Al fondo, se veían las colinas verdosas. Con todo, una larga muchedumbre se apelotonaba en la acera, a la puerta gigante de un espectáculo. Una de esas muchedumbres modernas, confusas y silenciosas, de gentes inmóviles, con expresiones absortas y respiración contenida, como ahorrando energías largamente, para el gran derroche preconcebido. Esas muchedumbres que, sin embrago, pese a la civilización, se agrupan hoy como hace siglos, por no haberse resuelto su espera de otro modo más técnico.

Los tres caminaban, cuesta arriba, sin fijarse mucho en esos detalles. Ni en la masa de hombres, ni en el relucir de los automóviles amontonados en la explanada de un garage vecino. Pero de repente volvieron la cabeza, sorprendidos ante algo que acababan de oír. Dos parejas hablaban cerca, en castellano:

—... Nos han dicho que tuvisteis un «baby»...

Los aludidos —molestos, naturalmente— se excusaron.

—Sí; en fin... Ya sabéis cómo es Jimmy...

Jimmy, miró a su mujer agríamente; luego mejoró su expresión para explicar a los otros:

—Yo creo que un niño siempre resulta una distracción...

... Los tres amigos continuaron su camino, dejando a las espaldas las voces cada vez más apagadas:

—... hablar?

—¡Yes, sí! Ya sabe decir brot y daddy...

La calle se fué convirtiendo en carretera, en franca autopista, y cada vez iba quedando más solitaria, asaeteada tan sólo por los coches que volvían a Madrid. Cuando dejaron atrás los últimos edificios, relajaron el rápido andar. A la izquierda, al fondo, sobresalía el

restaurado palacio de Oriente sobre la monotonía de la arquitectura extendida en la hondonada. Adelante, las curvas del asfalto.

Un «Curt», que llegaba embaldado, freno repentinamente junto a ellos, y dos muchachos de cara embotada y sonrisa burlona asomaron tras el relampagueo del parabrisas:

—¡Eh, enterradores...! ¿A dónde vais?

—¡Hola! A dar una vuelta.

—¿A pie? ¡Qué humor...! ¡Vamos, subid!

—No, gracias. Otra vez será.

—Pues ¡«au revoir»! —Y el «Curt» se arrancó como se había detenido, para adelantar al «Red Canyon» que acababa de pasar de largo.

Los tres continuaron caminando. No puede decirse que sin comentarios, porque Salvador murmuró:

—Se han impuesto los lazos «dancing»...

Pero no tuvo demasiada importancia.

Se encontraban dominados esta tarde —como de costumbre, es cierto— por el acontecimiento del día.

Hoy era el de la inauguración de la nueva catedral evangélica (confundir con evangelista); aye la noticia, fechada en New-York, de que en la Reunión Suprema del Círculo Psíquico Waldorff, los píritus habían reivindicado su derecho al voto. Ninguno de los hechos tenía otro valor que el de símbolo; símbolo repetido y cansino, pero no por ello menos agobiador. Uno indicaba cuanto más, el esfuerzo por *reanimar* el prestigio del sufragio. Y la construcción de la catedral de la nueva secta no tenía tampoco ninguna portancia. Estaba financiada de América y había sido planeada con la suficiente modernidad para dar apariencia de magnitud y mentar hasta el máximo la impresión de gran concurrencia. Cuando cualquiera capaz de romper la teza de tópico y de artificio que mascaraba y encostraba todas las cosas, sabía que sólo los elegantes y algunos de los pocos obreros aun permanecían fascinados, acudían a las capillas protestante. Verdad era que tampoco acudían fieles a las viejas iglesias católicas pero no había comparación: El mingo hubo bastante gente en San Agustín... No, no; en S. Agustín no, que había cerrado ya puertas. En S. Francisco el Grande, especie de «Cenáculo tras muerte de Cristo», según una se reciente.

Estaban en la época en que veía a imponerse la Prensa, por menos en España, donde se leía con tanta pasión como cincuenta años atrás.

Cincuenta años atrás... Cuarenta, treinta y cinco... Los tres habían ido a parar al mismo pensamiento. ¡Qué diferencia de épocas, pero qué natural había sido todo! En el otro tiempo, aun había un gran grupo de gentes conscientes de la gran amenaza. Por lo menos hubo vagos movimientos generales.

Entonces pudo haber sido el gran momento. Y, sin embargo, quedó para la Historia —¿por qué no desenterrar un momento esta palabra?— como la época de la duda, de la indecisión. De la larga serie de ocasiones que se había dado a España, aquélla había sido la última, la definitiva; y más descaradamente perdida que las anteriores. Fue

Incertidumbre

A mi nunca olvidada amiga, Rosette Henson, en prueba de mi inextinguible aprecio.

*Quando miro tus ojos y el semblante,
Notando la frialdad en que te inflamas
Dudo de tu pasión, mi bella amante
Y siente que es mentira que me amas.*

*Al sentir de tu traición las tramas,
Palpitante el corazón, sí, palpitante,
Arden inmensas de mi amor las llamas
Y pienso que has de ser para mí inconstante,*

*Ya para mí no hay dicha ni ventura,
Si tu amor por desgracia fugaz fué;
Ya he perdido en mi vida la dulzura
Y aun dudo de tu amor no sé por qué.*

*Si sintieras sufrimientos sin consuelo
Si vieras el dolor en que me inflamo
Si tuvieras, tú, cual yo, un anhelo,*

*Sintieras entonces que te llamo
Quando paso las noches en desvelo.
Diciendo así: ¡Mujer, cuánto te amo!*

JOSÉ L. NERI

Manila, Septiembre de 1950.

el tiempo en que nadie se atrevió a hablar. En que nadie supo qué decir. En que nadie actuó. No fué sólo la ausencia de una voz que definiere el momento: fué la falta de una voluntad positiva de todos. De todos, que prefirieron dejar correr las cosas, que no se arriesgaron ni a pensar. Había que reconocer que aquel decenio o aquellos decenios, fueron difíciles: horizontes cerrados, un mundo implacable... Pero lo decisivo fué el cinismo colectivo de saberse todos culpables, todos contaminados, todos conformes con la conducta ajena que respaldaba la propia. Y junto a eso, aquella absurda espera, la duda tímida y absoluta de un futuro realmente moldeable: el encogimiento de hombros, el senequismo torcido y retrógrado.

En la actualidad, sin embargo, no quedaba nadie. Los envenenados, los embotados, los desesperados, los conformados. Y nada más.

Lo peor era que todo parecía estar bien, perfectamente bien.

El panorama social era tranquilizador. En las ciudades de más de un millón de habitantes, no había problema: Después de aquella época de embriaguez htelguista, los obreros ya no pedían. Se habían anquilosado en su horario y en su jornal, que les permitía justamente comer y divertirse. En las ciudades pequeñas el caso era distinto; pero, claro, las ciudades pequeñas no importaban. Del campo —esa vieja palabra— no había que hablar, porque ya no existía. Se habían borrado las aldeas o habían quedado reducidas a catacumbas, y todo el trabajo agrícola se hacía desde la ciudad. El creciente descenso de población tampoco resultaba rompecabezas, sino presagio de un futuro cómodo.

Era curioso —lo había notado Salvador— que en España ocurrió todo al contrario que en el resto de Europa: Primero había venido la norteamericanización moral y cultural; psicológica, mejor. Luego, la técnica, los grandes adelantos, la mecanización, el lujo. Aunque esto último tampoco en demasiada profusión, la verdad. Los grandes adelantos no es que hubieran decepcionado, pero fué porque nadie quedaba en situación de poder comparar, ponderar.

Como había dicho, días antes, el Rector de la Universidad, Mr. Hendry, España siempre se distinguió por su empeño en llevar la contraria... Hasta la Nueva Epoca, desde luego; ya se preocupó de poner esto en claro el Alcalde, Sr. Stewart... Había sido en la recep-

ción de la última hornada de especialistas americanos y españoles llegados de los Estados Unidos (Chicago, Filadelfia, México y Buenos Aires). Por cierto que este año ya no habían venido profesores de Etica y Filología... Definitivamente, la Facultad de Filosofía y Letras no volvería ya. Y la de Derecho, a lo menos dentro del recinto peninsular, no viviría mucho tiempo tampoco, porque la superioridad americana era demasiado grande. El futuro estaba en la Medicina. Lo había dicho Stuart: España será la fábrica de médicos del siglo XXI.

Los tres caminaban cada vez más sombríos. De repente, habló uno: Todo ocurrió por culpa del final de la segunda guerra europea...

—Yo creo que empezó todo con el desmoronamiento de Rusia...

—No, no. En el fondo, la culpa

fué de aquella gente, de nuestros abuelos...

Salvador rió un poco y dijo:

—Bueno, no vayamos a caer en su mismo bizantinismo.

—Es verdad. Pero la culpa fué de ellos: Eran muchos, lo tenían todo hecho. Pudieron hacer cualquier cosa e incluso fácilmente... Ahora ya es imposible. Todas las puertas están tapiadas, más que cerradas, y no queda nadie... Están demasiado tarde que parece que hasta el final ha terminado.

Hubo un silencio pesado, impotente.

Se sintieron aniquilados; restos fósiles de algo que hubiera sido e-plastado muchos siglos atrás. Como a punto de desaparecer ellos también, bajo una plancha gigantesca que caía ya sobre sus cabezas y sus desolados tórax.

Entonces Salvador jadeó un poco

y pareció que palidecía. Había fruncido el entrecejo con intención de decir algo pero sólo movió los labios en un gesto inquieto.

Sus dos compañeros seguían mirando torvamente a lo lejos cuando se decidió. Les miró a los dos y, como si se completase en ese preciso instante un largo proceso de maduración pronunció una frase densa y extraña:

—Pues... no. Aún no es demasiado tarde.

Se irguieron, prestos, los otros con una luz nueva y antigua en los ojos y una tensión repentina en los músculos.

Habla, Salvador.

Y el aire se trizó con el piaf lejano de un último caballo español.

—) (— CULINARIAS

Pichones a la provenzal.— *Prepararlos como es costumbre y cubrirlos con tiras de anchoas. Fríegolos con aceite hirviendo, a fuego regular, con dos docenas de cebolletas, un diente de ajo y un ramito de perifollo. Mojar con partes iguales de caldo y de vino de Campaña u otro parecido, y dejar que hiervan lentamente. A última hora añadirles tres o cuatro cucharadas de chichas y el zumo de un limón. Servir engrasado y servido caliente.*



Ensalada mimosa.— *Píquese un trozo de pollo, apio en ramos y crudo, manzanas, setas bien lavadas y, si se quiere, algunas trufas. También nueces picadas o muy bien en esta ensalada, y el pollo puede sustituirse por fondos de alcachofa.*

La combinación, siempre que se prescindiera del apio, que da sabor particular muy agradable puede variarse al gusto de cada cual y según los medios de que disponga.

Se aliña con una mayonesa fina mezclada con raíz de rábano picada. Una cucharada grande es suficiente. Para adornar la ensalada se cubre con más salsa mayonesa y se colocan luego encima algunas quisquillas, huevos duros cortados en redondeles, anchoas, trufas o setas también en redondo o collos de lechuga. Por último, se polvorea todo con yema de huevo tamizada en cedazo de agujeros chicos.

Se comprende que esta ensalada puede fácilmente ser simplificada para hacerla menos costosa.

¡ Pasó haciendo Bien !

Primorosamente recopiladas en un hermoso folleto, titulado "¡ Pasó haciendo bien!" con profusión de viñetas, ha sido impreso por la Editorial Hispano Filipina las Conferencias del Padre Francisco F. de Castro, que tanto deleitaron a los católicos filipinos durante su corta estancia en Manila.

Pueden adquirirse, al precio de DOS PESOS, en

MOREMAT, Carriedo 211.

LIBRERÍA HISPANIA, Escolta.

SEMANA, Azcárraga 2109

o pedirlos directamente a Sra. de Luis Garteiz, 1034 Indiana.